

# **FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO**

**Edición especial**

**Número 19**

# **Reflexiones sobre la muerte**

**Por Gabriel Burgos Suárez**

## REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE

Gabriel Burgos Suárez

¿Cuál es la actitud hacia la muerte de la inmensa mayoría de los seres humanos? Es considerada como el hecho más doloroso y trágico de la existencia, el final de todo. Sabemos que vendrá inevitablemente, pero nos aferramos por todos los medios posibles a prolongar la existencia del cuerpo físico, aunque esté débil, enfermo y sufriendo toda clase de calamidades debido a la vejez, o por enfermedades y accidentes durante el curso de los años.

Como no nos gusta ese final, reaccionamos como el avestruz que oculta la cabeza entre la arena para no ver el vendaval que se avecina. Si el que se enfrenta con el hecho de la muerte es joven, posiblemente dirá para sí: “mejor no pienso en eso, la muerte está muy lejos; cuando sea viejo pensaré en ella”. El resultado es que vivimos como si la muerte no existiera, aunque, sin duda alguna, llega en el momento menos pensado.

Esa actitud es completamente insensata; no evitamos la muerte con el hecho de no pensar en ella. Es tan insensata esta actitud como la muy común en algunas culturas de considerar la vejez como una vergüenza, sin pensar que, si se vive lo suficiente, el joven de hoy será viejo también.

No pensar en la muerte para evitar enfrentarse con esa idea, es como la actitud de un viajero que está en un aeropuerto y no sabe qué avión va a tomar, ni hacia dónde se dirige, ni qué va a hacer cuando llegue a alguna parte. Si hubiera un viajero así diríamos que está loco. Sin embargo, esa es nuestra actitud en la vida: no sabemos para qué estamos en el mundo, cuál es el objeto de la existencia, ni de dónde venimos ni para dónde vamos, ni qué nos deparará la vida cuando lleguemos a la puerta de salida por el portal de la muerte. Ni siquiera tenemos certeza de si seguiremos existiendo de alguna forma, ni qué es lo que perdura. Pensamos que podemos vivir de cualquier manera y que a la hora de la muerte basta un arrepentimiento y la absolución de un sacerdote para que nos abran las puertas del cielo, en el cual gozaremos de eterna felicidad, sin siquiera entender en qué consiste esa felicidad.

Decimos que creemos en la existencia de un más allá para el espíritu inmortal, pero visitamos los cementerios como si allí estuvieran los seres queridos a dos metros bajo tierra o en la cavidad de un mausoleo. Rendimos culto a los cadáveres, y no vemos que la muerte es una manera para que la vida salga del estancamiento en que puede encontrarse y continúe creciendo.

La muerte forma parte del proceso de la vida. Mucho podemos aprender en ese proceso, si tratamos de comprender lo que llamamos muerte. Afortunadamente, hay mucha información al respecto en la literatura teosófica, que debiéramos consultar. Quiero presentar en esta charla algunas reflexiones sobre la muerte con el objeto de verla en su correcta perspectiva; de ver la bondad Divina al destruir la forma para que

pueda crecer la Vida; para aprender algunas de las lecciones que ese hecho nos trae, las cuales no solo son de aplicación después de la muerte, sino que harán nuestra vida actual más útil, más fructífera, más fraternal, interesante y sabia, si las aplicamos ahora.

El gran valor de la Teosofía no radica solamente en la invaluable información que nos suministra acerca de los hechos más trascendentales de la existencia, sino principalmente porque nos mueve a vivir de una manera diferente, más recta, más hermosa, más feliz y más creadora de como actualmente lo estamos haciendo.

\* \* \* \*

### **La muerte es un hecho y debemos conocer su utilidad**

El mundo es una explosión de vida. Hay vida por todas partes y en todos los reinos de la naturaleza. Sus manifestaciones son infinitas, no solo en las formas orgánicas de los vegetales, los animales y los seres humanos, sino también en las formas inorgánicas, desde una roca en una montaña hasta el más ínfimo grano de arena en el desierto; desde un átomo hasta la más pequeña partícula subatómica. Los científicos han llegado a considerar a la Tierra como un organismo vivo que, como todos los organismos vivos, ha tenido un nacimiento, está en una etapa de crecimiento, logrará su apogeo, decrecerá y morirá. La Teosofía concuerda con la ciencia en esta apreciación, pero va más allá al considerar no solo a la parte visible del planeta sino también a sus estados suprafísicos en los distintos planos de la Naturaleza.

La fuerza de la Vida es infinita, y el poder que tiene para regenerar las formas es asombroso. Eso lo podemos ver en esa resurrección de la naturaleza después de una inundación o de una catástrofe como la erupción de un volcán o de una sequía. La Vida triunfa sobre la destrucción y la muerte como lo podemos ver todos los días. Más aún, las formas mejoran según los requerimientos de la Vida.

Las formas mueren, como todo lo que pertenece a la materia en cualquier grado de sutilidad, pero vuelven a construirse bajo el impulso de la Vida, eterna y presente en todas partes, en todas las cosas, en todos los reinos de la naturaleza, en todas las criaturas y en todos los seres humanos como nosotros. Y esto es muy importante: la vida todo lo regenera inconscientemente de forma natural, pero, en el caso de nosotros los seres humanos, esa regeneración tiene que lograrse conscientemente. Esa conciencia para hacerlo se va logrando según vamos aprendiendo a distinguir lo bueno de lo malo en los incidentes diarios que nos causan penas y alegrías si estamos suficientemente alertas para aprender las lecciones que nos dan.

Los científicos han rastreado el cambio hacia un mejoramiento de las formas, y han confirmado así el proceso de la evolución. También han rastreado la evolución de la mente y de la conciencia. Su conclusión es que la mente y la conciencia se desarrollan

como consecuencia de la evolución de las formas, a diferencia de la Teosofía que nos muestra que es debido a la evolución de la Vida que las formas mejoran y se perfeccionan.

Para que la Vida evolucione es necesario que las formas mueran. De otra manera se estancaría.

Veamos este proceso en el caso de un ser humano:

Nace libre pero, desde la cuna, el medio ambiente lo condiciona. Debido a este condicionamiento, sus acciones y reacciones no son libres, sino tendrán lugar de acuerdo con el medio ambiente en que tendrá que vivir y que las determinarán fundamentalmente. Tendrá que desarrollarse como hombre o como mujer; en riqueza o pobreza; de raza negra, blanca o amarilla; musulmán, cristiano o hinduista; americano, ruso o europeo; liberal, comunista o conservador; y así sucesivamente. Su vida ha dejado de ser libre. Depende de factores ambientales en su familia, en la ciudad y país en donde vive.

Nuestra actitud hacia la vida, hacia el mundo, hacia los demás, depende en gran parte de nuestro nacimiento, que nos coloca en las condiciones sociales, religiosas, políticas o económicas en que nos vamos a desarrollar y en las que buscamos a toda costa lo que es bueno para nosotros o nuestra familia, **sin tener en cuenta lo que es bueno y útil para todo el género humano**. Que hay injusticias en el mundo, es cierto, y debemos ser factores positivos para acabar con ellas. Para lograrlo, uno de los factores primordiales es romper toda clase de condicionamientos. No es fácil porque a través de los años nos anquilosamos mentalmente y seguimos siendo los mismos, con los mismos hábitos, prejuicios y dogmatismos de siempre.

No es necesario esperar a la muerte para romper esos condicionamientos, pues la muerte ocurre en la personalidad temporal. En la etapa celeste no hay condicionamientos porque no hay personalidad, pero al reencarnar vuelven a aparecer.

Debemos hacerlo ahora cuando tenemos un cuerpo físico, que es en donde se sufren los condicionamientos producidos por la personalidad egoísta y separatista. Tenemos que poner en acción a la individualidad inegoísta y unificadora para producir el cambio.

En todo ser humano existen simultáneamente dos naturalezas: una Real, inmortal, eterna, que no cambia —**el espíritu, la Mónada**—, y otra irreal, temporal, cambiante, mortal —**el cuerpo o forma**—, a través del cual actúa, vive y se expresa la Mónada. Como Mónadas, todos somos iguales, aunque nos encontramos en distintos estados de desarrollo; como formas, todos somos diferentes, pasamos por experiencias particulares y aprendemos según nuestro propio interés y comprensión.

En esencia todos somos iguales, partes de una misma Vida, de la misma fuente Divina, cubiertos con distintos ropajes. Todos estamos en el mismo peregrinaje, buscamos la misma meta. Todos tenemos que romper esos condicionamientos, y debemos hacerlo ahora, en el presente, en el momento actual. No hay otra manera. Esos condicionamientos son psicológicos, corresponden a nuestra manera de sentir y de pensar. Después de la muerte del cuerpo físico continuaremos viviendo en los planos psicológicos emocional y mental concreto, en donde continuarán estos condicionamientos. La muerte no acaba con ellos. Son tan fuertes que perduran después de la muerte sucesiva de los cuerpos emocional y mental concreto, vivimos luego en el mundo celeste de la mente abstracta en donde asimilamos las experiencias nobles y bellas que, pocas o muchas, tuvimos en la vida que acaba de pasar, y tenemos que retornar para continuar nuestra educación impulsados por las causas que no han tenido todavía un inevitable resultado.

La Ley del karma nos lleva a reencarnar. ¿Quién o qué reencarna? Aquella parte de nuestra naturaleza que no sufre el proceso de la muerte: nuestra Mónada inmortal que debe continuar su educación y involucrarse en nuevas vestiduras a través de las cuales tendrá innumerables experiencias. Las vestiduras son nuevas, pero los viejos condicionamientos reaparecen exactamente como eran antes, aunque no pueden presentarse de la misma manera porque lo harán en un ambiente completamente distinto: —reencarnamos siglos después, posiblemente en un país diferente; en un nuevo núcleo familiar, social, económico y político; como hombre o como mujer, y así sucesivamente.

**Para nuestra educación un factor es el karma, el otro es el medio ambiente en el cual nos movemos.**

Estamos apegados a esta existencia pasajera: a las cosas, a las personas, a las circunstancias agradables. Tenemos que soltarnos para poder ser libres. ¿Qué pasa con la muerte? Tenemos que dejarlo todo, no podemos retener nada del mundo material. Y el tener que dejar bienes, cosas, personas, posición, honores, es causa de sufrimiento anticipado ahora, y naturalmente después de la muerte. El problema no es que existan personas y cosas en el mundo, y que estén cerca de nosotros o a nuestro cuidado. El problema es **el apego**. Nuestra felicidad depende entonces de la presencia de esos seres queridos, de la posesión de bienes, de las condiciones en las que nos encontramos.

Morir es un «soltarse», pues estamos atados a lo que nos agrada o nos desagrada. Debiéramos aprender a “morir” cada día, no en un sentido trágico o morboso, sino en el de “soltarnos” de todo lo que nos ata, como enseñaba Sócrates a sus discípulos cuando les consolaba y les decía tranquilo que esta actitud había sido una constante en su vida, cuando ellos, acongojados, lo acompañaban en sus últimas horas anteriores al cumplimiento de su sentencia de muerte decretada por sus jueces.

Eso no significa dejar de amar, pues el amor es unificador. Lo que sucede es que hemos hecho del amor un problema porque confundimos su sentido. Confundimos el amor, que es darse completamente para buscar el mayor bien del ser amado, con la satisfacción que nos produce el ser a quien decimos amar. El amor es una virtud del alma y que por consiguiente no desaparece con la muerte, del mismo modo que no desaparece cuando el ser amado tiene que vivir lejos de nosotros. El amor no busca satisfacciones, no ata. Puede crecer así hasta el infinito y abarcar cada vez a más seres en su esfera de influencia, como lo hace el Señor Cristo que ama a toda la humanidad, sin distinciones de ninguna clase.

En la medida en que desaparece el “yo”, empieza a desaparecer el problema de vivir atados. Tenemos que darnos cuenta de que lo que importa es el bien del todo, y no el de esa pequeña parte que es cada uno de nosotros. Para “soltarnos” es necesario que examinemos cada día nuestros motivos para la acción, la naturaleza de nuestras relaciones con los demás, lo pasajero de la forma y la eternidad de la Vida que yace dentro de la forma.

Debemos aprender a no pedir sino a dar. Todos vivimos exigiendo diferentes cosas, no necesariamente por medio de palabras, sino con nuestros pensamientos y deseos conscientes o inconscientes. No estamos en un estado de libertad. Importancia, posición, triunfo, poder, reconocimiento, etc., pues todo esto desaparece con la muerte, aunque queda como una tendencia a repetirse en una nueva encarnación, lo cual es un inicio de la repetición de un ciclo que debe concluir algún día definitivamente. La muerte debería enseñarnos a no pedir a la Vida ninguna de esas cosas.

Debemos aprender que lo importante es que crezcan las capacidades para servir y traer sabiduría al mundo. Debemos aprender la importancia de dar amor, compasión, conocimiento; y darnos cuenta de que el problema reside en que en la mayoría de las ocasiones lo que buscamos consciente o inconscientemente son satisfacciones en estas relaciones.

Nada es duradero, pero dentro de esa impermanencia, nuestras capacidades crecen. Las cosas pasajeras dejarán de tener valor pues son solo parte de una encarnación particular. Lo importante es descubrir lo que realmente implica servir, y adquirir la sabiduría para servir. Cuando no demandamos nada, no hay problema, no hay ninguna perturbación. Las cosas que suceden afuera pueden ser solamente situaciones para poner a prueba nuestra índole interna y nuestro modo de responder. **Lo importante no es lo que sucede, sino como reaccionamos.**

De modo que la muerte nos enseña que debemos “soltarnos” de todo lo que nos ata.

### **Aprender a vivir**

Es necesario aquietar la constante actividad de los vehículos para poder escuchar la Voz del alma. Meditar es desprenderse de los vehículos de la personalidad —los cuerpos físico, emocional y mental concreto— para escuchar al alma, que siempre quiere hablarnos, pero que, por el inmenso ruido de afuera no podemos oír. Cuando meditamos, establecemos una condición similar a la de la muerte cuando el alma se libera de la cárcel de los cuerpos en donde está prisionera. Los condicionamientos, los apegos, la inmensa cantidad de ataduras, no nos permiten lograr esa actitud en la meditación, y por eso fracasamos. Y fracasaremos aún más en lo que Don Walter Ballesteros ha llamado «la actitud meditativa», que debiera ser nuestra actitud permanente hacia la vida, sin un sentido del “yo” en nuestras acciones y relaciones con los demás.

### **Olvido del pasado**

Con la muerte de la personalidad, que desaparece totalmente después de la muerte, ¿en dónde queda la memoria? En el ‘cuerpo causal’ o ‘mente abstracta’. Nada se pierde, pero éste es un vehículo permanente que apenas estamos aprendiendo a manejar; nuestra conciencia todavía no tiene su centro establecido allí, para que, entre otras muchas cosas, pueda tener un recuerdo permanente de todo lo pasado. Durante la última encarnación crecieron nuestras capacidades, pero con la muerte olvidamos las circunstancias en que las adquirimos y las dificultades y estorbos que pusimos en esa tarea.

Al renacer, en una nueva encarnación, reaparecen las tendencias buenas y malas de la última vida pasada sobre la tierra, lo cual implica una tendencia a repetirnos, pero el entorno en que vamos a desarrollarnos, completamente nuevo, modifica el resultado. Renacemos posiblemente cientos o miles de años después de la última encarnación, en un país distinto, en una familia con costumbres diferentes a las que teníamos, en una religión, clase social y económica desconocidas para nosotros, y así sucesivamente. Tenemos, pues, dos fuerzas que operan sobre nosotros: una, las tendencias, que nos llevan a seguir como éramos antes, y la otra el medio ambiente que, al ser nuevo, no permite esa repetición. Al renacer volvemos al mundo, pero lo vemos con nuevos ojos, en forma fresca.

La muerte nos enseña que debíamos olvidar el pasado que nos condiciona y que nos ata, y ver cada día a los seres con quienes nos ponemos en contacto con la misma frescura de un nuevo renacer. ¡Cómo sería de distinto el mundo si hiciéramos eso!

## **Conclusión**

La muerte nos presenta enseñanzas que nos permiten cambiar nuestro modo de vivir. Nos muestra cómo hacer para vivir como «almas» no condicionadas por el tiempo ni por el espacio, ni por condiciones externas de ninguna clase. Nos enseña cómo vivir sin dependencias. Nos muestra la manera de orientar nuestra vida hacia lo eterno, dándole a lo externo y pasajero su justo valor de medio para lograr ese objetivo.

El resultado será una vida más rica, más plena, más útil y más feliz, pues estará en armonía con el «Plan Divino». La muerte deja de tener ese sentido trágico que le hemos dado, para convertirse en un proceso natural que libera al alma de los tiranos que la atan y convierte nuestros vehículos en instrumentos dóciles y útiles para la tarea que nos corresponde como seres espirituales.

Los miembros de la Sociedad Teosófica deberíamos estar empeñados en esa tarea liberadora, no con el fin de libertarnos individualmente del problema existencial, sino con el fin de liberar a la humanidad como un todo del cual hacemos parte, lo cual nos impulsa a compartir con otros lo que hemos encontrado, para que se decidan a tomar el destino de su vida como seres espirituales en sus propias manos.

Trabajar por el «Plan Divino», en nuestro caso a través de la Sociedad Teosófica, es un privilegio y una oportunidad que se nos presenta ahora, y es nuestra responsabilidad tomarlo o dejarlo pasar por alto.

